

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 10 DE ABRIL DE 1910.

NÚM. 119.



HISTORIA DE MAQUIAVELILLO

I. MAQUIAVELILLO EN LA ESCUELA

Este *Maquiavelillo* se llamaba también Nicolás, como el florentino, y sus padres decían aun antes de que aprendiese á hablar que era de la piel del diablo. Hasta que él nació no se había visto nunca en el pueblo de Cantallana un niño de siete meses con tan malas intenciones ;

Ayuntamiento de Madrid

pero es fama que á esa edad clavaba alfileres á sus hermanos en las partes más blandas, y dicen que picó el vino de una tinaja echando en él todas las medicinas del botiquín de su abuela.

Cuando empezó á andar no había nada seguro al alcance de sus manos, ni paraban las gallinas en el corral, ni se sabía á punto fijo qué clase de objeto iba á aparecer en el púchero al sacarlo de la lumbré, desde los zapatos nuevos de Colasín hasta los anteojos de la tía Pachica, su madre. Y lo peor del caso era que los azotes nunca se los llevaba él, sino que se ponía á gemir y á llorar con tanta lástima que los padres no se resolvían á castigarle y caían sobre sus hermanos, diciendo:

—Vosotros, que sois mayores, le enseñáis tantas picardías.

Pero no era verdad. Las picardías las sabía él antes de nacer. Cuando entró en la escuela, la tía Pachica se puso loca de contento porque la dejaba en paz por la mañana y por la tarde; pero entonces fué cuando el pobre maestro empezó á padecer. Entonces fué cuando empezaron á descolgarse solos los cartones del silabario, á volcarse los tinteros, á cojear los bancos, á zumbar las moscas en el aire con cucuruchitos de papel y á presentarse substancias extrañas en el vaso de agua con azucarillo que dejaba sobre su mesa D. Juan Torres. Nunca hasta entonces se había dado el caso de que se le perdiera la palmeta, ni de que se le llenase el gorro de arenilla que luego al ponersele le inundaba el cuello de la camisa, ni otra porción de peripecias que despertaban primero algunas risas y luego una azotaina general y muchos días sin comer.

Una mañana, al dar las doce, cuando D. Juan les dijo “¡A casa!” y se dispuso á bajar de la tarima, los muchachos le vieron resbalar y caerse desde lo alto con gran estrépito. Fué á recogerle Siro, el hijo del carrero, que era muchacho de puños y de gran corazón, y cayó también, y no pudo levantarse porque en la caída se había roto una pierna. Se alzó del suelo, todo trémulo, D. Juan, mandó alzar al pobre Siro, y luego vió que en los dos escalones de la tarima una mano criminal se había entretenido en untarlos de jaboncillo. ¿Quién había sido? Junto á la mesa no estaban más que Colasín y Trompico, el hijo del maestro albañil. ¿Iba á ser Colasín, un renacuajo que no levantaba dos palmos del suelo?

Volvió á sentarse D. Juan cuando dos mozos se llevaron á su casa al carrerito, y muy gravemente llamó á Colasín y le dijo:

—Por Dios y por lo que más quieras, hijo mío, di la verdad. ¿Tú sabes quién ha sido?

—Sí, señor. Trompico. Yo lo he visto.

Toda la escuela se volvió á mirar á Trompico, que abría los ojos espantado.

—Yo, yo; maldita sea en... ¿Has dicho que yo?

Trompico era tan corto, tan corto, que no tenía palabras para defenderse.

—Sí, señor, Trompico. Yo le he visto sacar el jaboncillo y guardárselo; que le registren.

Registraron á Trompico y, en efecto, envuelto en el pañuelo hallaron un pedacito triangular de jaboncillo de sastrero. La prueba era tan concluyente que D. Juan, casi con lágrimas en los ojos, habló de esta manera:

—Hijos míos: La crueldad es siempre abominable; pero la crueldad por juego y por diversión merece todos los castigos. Nunca hubiera sospechado yo de este grandullón de Trompico semejante hazaña, pero las pruebas le delatan y es necesario castigar un juego cruel que ha podido costar la vida á vuestro maestro y le costará muchos días de sufrimiento á un compañero. Yo debería dar ahora mismo parte á la justicia. No quiero hacerlo, y entre todos guardaremos el secreto; pero Trompico no volverá en un año á poner los pies en esta escuela.

Trompico, más rojo que un tomate, no sabía qué decir. Todos le miraban con indignación, y D. Juan, levantándose, le señaló la puerta con el dedo.

Entonces el muchacho, que era muy largo, muy zancudo y llevaba siempre cal en la blusa, con aquella cara tan cómica y aquel cráneo picudo que le valió el apodo, empezó á llorar y á gritar como un loco, se fué hacia la mesa, dió en ella un puñetazo formidable y dijo:

—¡Que mal rayo me parta si he sido yo! ¡Cochinos, canallas, embusteros...!

Y otras palabras aún peores. Don Juan le hizo salir, mientras los chicos callaban aterrados, y Colasín, el causante de todo, permanecía sereno, gozándose en la impunidad de su hazaña, que nadie hubiera descubierto á no ocurrir lo que en otro capítulo de esta historia leeréis.

MARTIN BAYLE.



FILARMONIA INFANTIL

II

A que no sabéis siquiera—dice Ricardito, ya en funciones de pontifical,—cómo se llama eso que lleva en la mano el director de orquesta?

—Pues el puntero—exclama Paquito, que cree poner una pica en Flandes.

—¡Oh, oh... que tonto!—exclama Ricardito.—¿Qué es eso, Julio?

—El bastón de mando, hombre; ¿qué ha de ser?

—A la cola... ¿Tú tampoco lo sabes, Pepe?

—Hombre, lo tengo en la punta de la lengua y...

—Eso se llama *la batuta*... *La batuta*, fijáos bien... ¿Y el libro que está encima del atril...? ¿No lo sabéis?

Pues es *la partitura* de la ópera, porque en ella está escrito todo !o

que tienen que cantar los cantantes y lo que tocan los instrumentos de la orquesta.

—¿Conoce alguno de vosotros los instrumentos...? ¿No?

Pues yo los conozco todos... Veréis.

—¿Veis aquel de allí que hace así (hace Ricardito una curva en el aire como una rúbrica). ¿Cómo se llama ese, Pepe?

—Se llamará *la pipa*... porque parece una pipa muy grande y rara...

—¿Qué simple...! ¿Has visto fumar á nadie con pipas de esas...? Eso se llama el *saxofón*... ¿Y á que no sabes por qué se llama así...? Yo se lo pregunté un día al maestro que viene á casa, y me dijo que era porque el que inventó el saxofón, en 1840—lo recuerdo bien,—se llamaba Adolfo Sax.

—¿Y tú te acuerdas de eso?

—No... digo que me acuerdo de lo que dijo el maestro, porque después lo apunté con lápiz y me lo he repetido muchas veces.

—Tú eres un sabio; pero... ¿á que yo sé más historia de España que tú...? ¿Quién era Juana la *Loca*?

—Mira, no me salgas ahora con cosas de locos... que está visto que no se puede tener formalidad con vosotros... ¿Queréis escuchar, sí ó no...? ¡Sois más paletos...!

—Sí, sí... que hable, que hable—prorrumpe la docta concurrencia.

—Bueno, pues... Aquel otro instrumento más delgado, éste diría que es una especie de *boquilla* para fumar cigarros tremendos... Nada de eso... Aquello es un *oboé*... ¿Me habéis entendido...? ¿Cómo he dicho, Paco?

—Has dicho un *obé*.

—¿Ves...? ya lo dices mal... Es un *oboé*... un *o-bo-é*. Se parece al clarinete, pero es más delgado por arriba. ¿Conocéis el clarinete...? A ver, señálamelo tú, Julio.

—Es aquél... que tiene tantas llaves y suena tan bonito.

—¿Y la flauta?

—La flauta, hombre, ¿quién no conoce la flauta y el flautín...? Míralos.

—¿Y el cornetín...?

—Ese... que se parece á las cornetas de la tropa.

—Aquel de allí... que parece una trompa de caza, sólo que es mayor y distinto.

—El violín lo conocéis todos, ¿verdad?

—¡Mira cuantos hay!

—Sí... muchos... Pero, ¿á que no conocéis la viola?

Ahí es nada... Buscar la viola en la orquesta...! Terrible rompecabezas que hace ufanarse y esponjarse á Ricardito, admirado de la inmensa superioridad que le da su enorme sabiduría.

Hay momentos difíciles en la vida humana, y para nuestros denodados caballeros, éste es uno de estos momentos de angustia.

ENRIQUE SANCHEZ TORRES.

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XV

Qué dice en este pedestal, Juanito?

—Sancho IV el *Bravo*; murió en 1295.

—Muy bien. Dime lo que de él sepas.

—Sancho IV... ¡Ja, ja...! Sancho IV... ¡Ja, ja...! Sancho IV.

—¿De qué te ríes, hombre...:

¿Es que no sabes nada, y quieres ocultarte detrás de una risita?

—No, papá... Conozco su historia.

—Vamos á verlo.

—Sancho IV el *Bravo*, llamado también el *Fuerte*, era hijo de D. Alfonso el *Sabio*, á quien sucedió, bien que contra él se había rebelado en vida proclamándose rey antes de serlo; cosa que le amargó la existencia...

—Oye, oye... Eso no está mal dicho.

—Casó con doña María de Molina, de quien tuvo varios hijos, entre ellos á D. Fernando IV, al que presentó siendo niño como sucesor suyo, lo que originó la protesta de los infantes de la Cerda, con los que tuvo que pelear constantemente. Todo su reinado lo empleó en guerras y expediciones militares, alcanzando grandes victorias contra los moros principalmente. En una de estas luchas ocurrió, frente á Tarifa, el famoso episodio de Guzmán el *Bueno*. De su padre heredó el amor á las letras, y mandó traducir algunos libros y es-



SANCHO IV

cribió también varios, entre ellos el de *Los Castigos*, donde hay muy buenos consejos... Nada más.

—Y es bastante, ¡caracoles...! ¡Te lo has sabido perfectamente, y hasta con ciertos detalles no acostumbrados!

—¡Ja, ja!

—¿Pero por qué vuelves á reírte...? ¿Es que has hecho alguna trampa?

—¡Ja, ja, ja...! ¿No te acuerdas de una cosa, papá?

—¿De qué? ¡Acaba!

—¡Que ya hemos hablado otra vez de Sancho IV!

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Sí... En el parterre... Allí está también su estatua, junto á la de Ervigio... ¡Y por eso me reía! Te he repetido ahora lo que entonces dije, aumentado con los detalles tuyos...

—¡Buena memoria...! ¿Y cómo será esta repetición de estatuas? No me lo explico... En fin... Aquí tienes á D. Alfonso X; su padre, precisamente... ¿Habremos también hablado de él?

—No, no.

—Bueno... Pues venga de ahí.

—El reinado de D. Alfonso X fué uno de los más turbulentos de la Historia, pues no sólo tuvo el Rey que luchar constantemente con los moros, sino también con la nobleza, cuyas pretensiones eran desmedidas, y con el pueblo, que nunca le tuvo verdadero afecto.

—Bien. Continúa.

—¡No sé más!

—Hombre... ¿Ni siquiera sabes por qué se le llamó el *Sabio* á don Alfonso X?

—Eso sí...! Ya que no afortunado en su política, dejó, en cambio, un nombre imperecedero en la ciencia con sus obras inmortales, entre las que descuellan sus *Cantigas* á la Virgen y el famoso Código de los *Siete Partidos*, considerado como un monumento legislativo.

—Es verdad... Don Alfonso X es uno de los muchos ejemplos que pueden presentarse para demostrar que la sabiduría es un estorbo para gobernar... En fin, esto es demasiado complicado para tí todavía.

—¡Por qué?

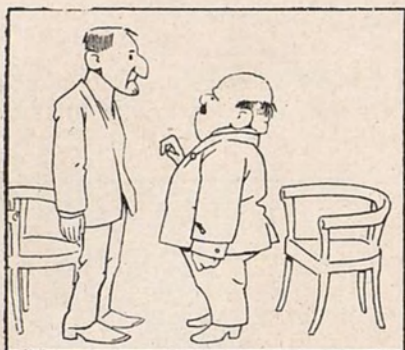
—Si te lo explico no lo entenderás!

—Entonces no me lo digas.

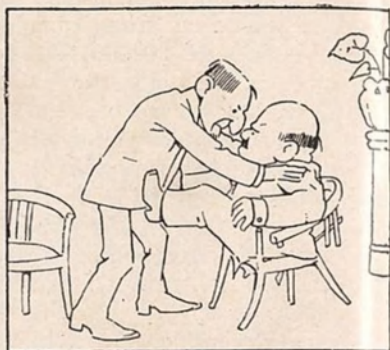
—Hagamos punto por hoy, y continuémos nuestro paseo. Mañana será otra día, como dice el refrán.



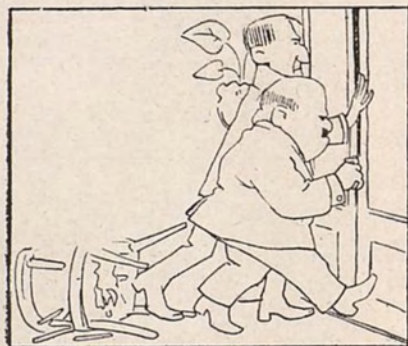
ALFONSO X



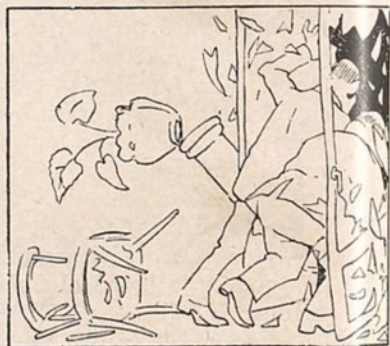
1.—Sumo placer, conspicuo camarada.
—¡Cómo me gusta oírle, amigo Estrada!



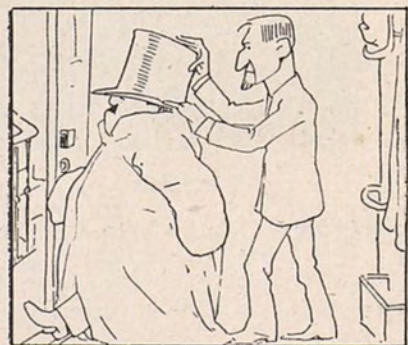
2.—Que se marche tan pronto no consiento.
—Aguarde un poco más y tome asiento.



5.—Avanzo el alto hñón; siempre estimando.
—Por aquí, sí, señor, vamos andando.



6.—¡Nefasto contratiempo nos acecha!
—No se apure, ¡la puerta un poco estrecha!



9.—El sombrero está aquí, salga cubierto.
—Con agasajo tal me desconcierto.

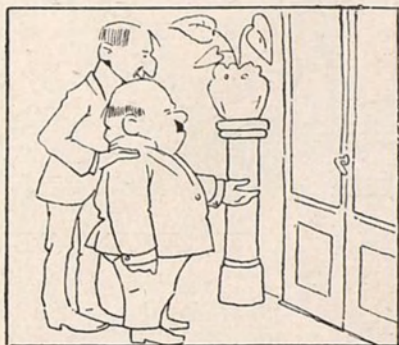


10.—Ni una palabra más; hasta otro día.
—Dios os guarde en felice compañía.

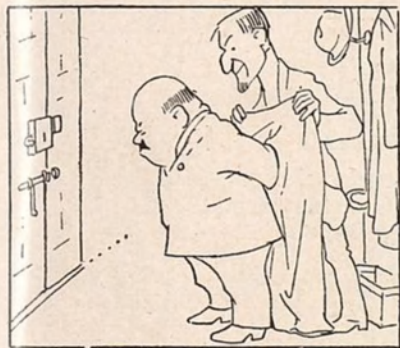
CUMPLIDO



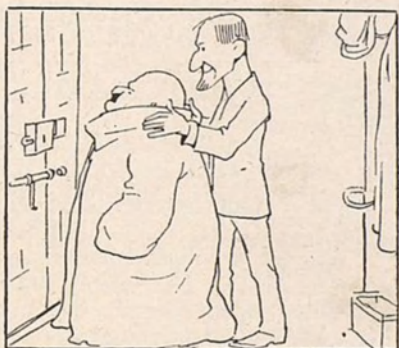
3.—¡Cual dolido deploro el incidente...!
—Le acompaño, no es cosa mayormente.



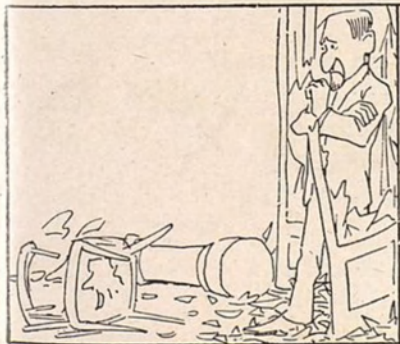
4.—Preceda el anfitrión, gran caballero...
—¡Oh, no faltaba más! Usted primero.



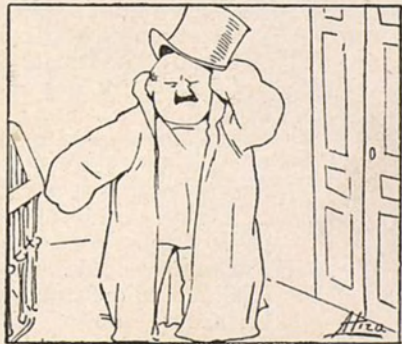
7.—Aquí tiene el gabán, se lo pondré...
—Siento tanta molestia.—No hay de qué.



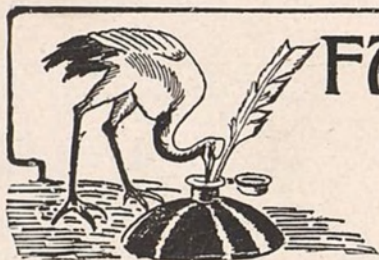
8.—Ahora súbase el cuello que hace frío.
—Prevengamos el mal, amigo mío.



11.—¡Pues señor, yo no sé si el día del Juicio
veremos tanto estrago y estropicio



12.—Pues señor, con tantísimo cumplido
estoy completamente confundido.



FABULAS ESCOGIDAS

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía á toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
“¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano
y ya estará acabada á mediodía...
Mire qué sutil es, mire qué bella...”
El gusano con sorna respondía:
“Usted tiene razón... ¡Así sale ella!”

EL RATON Y EL GATO

Tuvo Esopo famosas ocurrencias...
¡Qué invención tan sencilla! ¡Qué sentencias!
Hé de poner, pues que la tengo á mano,
una fábula suya en castellano.

“Cierto—dijo un ratón en su agujero,—
no hay prenda más amable y estupenda
que la fidelidad... Por eso quiero
tan de veras al perro perdiguero...”

Un gato replicó: “Pues esa prenda
yo la tengo también...” Aquí se asusta
mi buen ratón, se esconde,
y torciendo el hocico le responde:
“¿Cómo? ¿La tienes tú? ¡Ya no me gusta!”

*La alabanza que muchos creen justa,
injusta les parece
si ven que su contrario la merece.*

¿Qué tal, señor lector...? La fabulilla
puede ser que le agrade y que le instruya...
¡Es una maravilla!

¡Dijo Esopo una cosa como suya...!
Pues mire usted, Esopo no la ha escrito...
¡Salió de mi cabeza...! “Conque es tuya?”
Sí, señor erudito,
ya que antes tan feliz le parecia
critíquemela ahora, porque es mía...

TOMÁS IRIARTE.



CHARADA REPRESENTABLE

CUADRO PRIMERO

La escena se supone en el campo.

Niña primera.—¿Y falta mucho para llegar al colmenar?

Niño primero.—No falta nada: ¿ves esos árboles de la derecha?

Niña primera.—¿Esos tres juntos?

Niño primero.—Esos. Pues las tapias de la izquierda son las del colmenar.

Niña segunda.—Yo tengo muchísima gana de ver una colmena; pero me da miedo de las abejas. Dicen que acometen muchas juntas y que sus picaduras son terribles.

Niño segundo.—A mí me han contado que una vez mataron á una mula.

Niño primero.—No tengáis cuidado, porque ya se toman precauciones para que no piquen.

Niña primera.—¿Qué precauciones son esas?

Niño primero.—Mira lo que lleva nuestro criado Ramón.

Niña segunda.—¿Esos talegos?

Niño primero.—No son talegos. Son unos sacos de arpillera para cubrirse la cabeza y el cuerpo, que tienen una careta de alambre por la que puede uno ver sin miedo á que las abejas le piquen.

Niña segunda.—¡Ay qué bien!

Niña primera.—¿Y las quitan toda la miel del panal?

Niño primero.—No: se las deja una parte para que coman en invierno.

Niño segundo.—¡Qué enterado estás de todo lo de las colmenas!

Niño primero.—¡Toma! Como que he venido muchas veces al colmenar. Siempre que van á la cata me avisan los criados porque saben que me gusta mucho verla.

Niña primera.—A mí también me parece que me va á gustar mucho.

Niño primero.—(Al público.)

PRIMERA Y TERCERA

CUADRO SEGUNDO

La escena se supone en la sala de billar de un establecimiento de baños.

Niña primera.—Yo creía que era mucho más difícil jugar al billar.

Niño primero.—¡Ja, ja, ja! ¿Es que tú crees que ya sabes jugar porque haces rodar las bolas?

Niña segunda.—Pues no digáis, ¡que yo ayer hice una carambola como visteis!

Niño primero.—Es verdad, pero

fué una carambola... *por carambola*, pues te salió por chiripa.

Niño primero.—Por chamba, que decimos los jugadores.

Niña primera.—No os deis tono, que si seguimos aplicándonos no tardaremos en ganarnos.

Niño segundo.—Vamos, tira y no hables tanto.

(*La niña primera juega y todos se ríen.*)

Niño primero.—¿Lo ves? Has dado una pifia.

Niña segunda.—Veréis yo cómo no la doy. (*Juega á su vez.*)

Niño segundo.—¡Eh, que eso no vale!

Niña segunda.—¿Por qué?

Niño primero.—Porque hay que dar una sola vez con el taco, y tú das dos veces á la bola.

Niña primera.—¿Y eso no se puede hacer?

Niña segunda.—No se puede, no, señora, ¡mira ésta!

Niño primero.—(*Al público.*)

SEGUNDA, TERCERA, PRIMERA

CUADRO TERCERO

Al pie de un castillo feudal.

Niño primero. (*Embozado.*)—Se abre la puerta, Leonor ha oído mi trova y acude á mi llamada.

Niña primera. (*Cubierta con un manto.*)—Manrique, salgo para advertirte del peligro que te amenaza. D. Nuño acaba de pasar con sus hombres de ramas.

Niño primero.—No me importa; estoy resuelto á no acceder ante mi rival.

Niña primera.—Yo no quiero que arriesgues por mí tu vida.

Niño primero.—Por tu amor se capaz de todo. Dios nos protegerá, yo venceré á D. Nuño, y el sacerdote bendecirá nuestra unión en la capilla del castillo.

Niño segundo. (*Embozado también.*)—¡Traición! ¡Leonor aquí con Manrique! No has de lograr la felicidad que anhelas. Yo vengo á dispartártela en buena lid.

Niño primero. (*Sacando la espada.*)

Al campo, don Nuño voy,
donde probaros espero

que si vos sois caballero,
caballero también soy.

Niña primera. (*Al público.*)

SEGUNDA Y TERCERA

CUADRO FINAL

Una calle.

Niña primera.—¡Es una muerte! Hemos tomado el coche bien temprano y no hemos logrado dar un par de vueltas.

Niño segundo.—Hija, en Carnaval ya se sabe, como no pague uno un dinerito para ir por en medio, tiene que formar en la cola y se tarda un siglo.

Niña primera.—¡Y qué pocas más caras de buen gusto!

Niño segundo.—Hay poca novedad. Los eternos bebés, los *clowns* y las balandristas.

Niña primera.—¡Y el tío del higuí, que ese no falta nunca!

Niño segundo.—Como que ese es una institución.

Niña segunda. (*Disfrazada.*)—¡No me conoces!

Un guardia.—Señora, tenga la bondad de quitarse la careta, porque ya es de noche.

Niña primera.—Ahora la conoceremos. ¡Ay, si es nuestra cocinera!

Niño primero. (*Seguido del guardia.*) ¡Déjeme usted en paz!

Guardia.—Está mandado, señor; hay que quitarse la careta en cuanto anochece.

Niño primero.—¡Pero si yo no la llevo!

Guardia.—¿Cómo que no? Venga usted conmigo á la delegación.

Niño primero.—Esto es un atropello.

Niña primera.—¿Pero por qué no se la quitará?

Niño primero.—¿También usted, señora?

Niño segundo.—Déjale, mujer, si se empeña en ir á la prevención, ¡allá él!

Niño primero.—¡Pero señores, por el amor de Dios, que esto no es careta, que es mi cara! ¿Qué culpa tengo yo de ser así de feo?

Niña primera. (*Al público.*)

L TODO

EN EL SENO DEL HOGAR

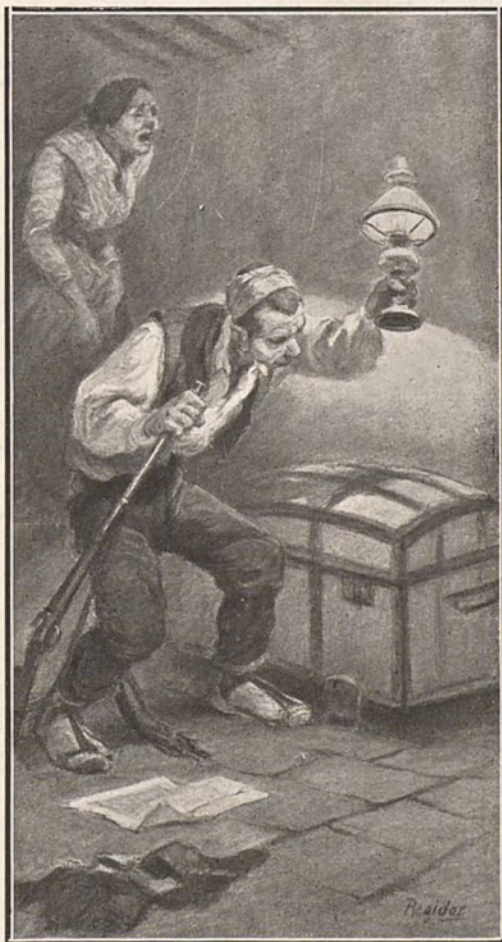
Mientras su mujer dispone la cama para acostarse cuanto antes, Juan, sentado junto al brasero, con los enormes pies sobre la tarima, repasa un periódico á la luz de un quinqué que, puesto en una mesa, aureola su cabeza nimbándola de amarillentos resplandores

Está leyendo una cosa verdaderamente espeluznante: "Una pobre joven de un pueblo de los Estados Unidos, famosa por su hermosura y por su cuantiosa fortuna, vese acometida con dolorosa frecuencia de espasmos epilépticos, y, durante ellos, salta y brinca como si se defendiera de invisibles enemigos. Cuando se calma permanece con los ojos clavados en un rincón y pronuncia frases como éstas: "¡ Ya se van los malditos espectros...! Amarillos son sus dientes como pedazos de caña seca, y en medio de las vacías cuencas de sus ojos relumbran danzarines puntos luminosos... ¡ Ya se van!"

Juan, leído esto, empieza á dirigir sus miradas á todos los ángulos de la habitación. Allí donde una cortina tiembla, allí donde se espesa la sombra, formando misteriosas oquedades

imaginase ver acurrucado un bulto que se mueve, que respira... Pásanse unos momentos, y Juan, viendo que sigue la calma, recobra nuevamente su perdido ánimo. Después se ríe de sus propias preocupaciones, y llega á exclamar:

—¡ Bah! Eso de los espectros es un cuento...



En este preciso instante oye la voz de su mujer :

—¡Ay, Juan! Ven, ven pronto... ¡Ay...!

A estas lamentaciones acompañan ruidos de sillas que se caen y chillidos espantosos que denotan el paroxismo del terror. Juan, con los cabellos hirsutos, empuña en la mano izquierda el quinqué y en la derecha su vieja escopeta de cazador, y, temblando como si fuera á entrar en la jaula de un tigre, se precipita en la alcoba. Su mujer, de pie en una silla, se tapa la cara con las manos.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¡Ay, Juan! Por allí... por aquí...

—¿Por dónde...? Dímelo y lo mato... Yo he cazado zorras, lobos y jabalíes...

—¡Ay, Juan! Junto al baúl, detrás de ti suena...

El valiente cazador da un brinco y deja que la escopeta se le caiga de las manos.

—¡Que lo mato, que lo mato...!—exclama cerrando los ojos.

Detrás del baúl se oye un gran estrépito. El quinqué tiembla en la mano de Juan como penacho de humo impelido por contrapuestos vientos. Su mujer lloriquea, suspira y patalea como si estuviera ya en el umbral de la locura. De pronto se hace el silencio.

—¡Ya!—dice la mujer satisfecha.—¡Gracias á Dios...!

—¡Que lo *aso* de un tiro! ¿Dónde está...?—exclama Juan, determinándose á entreabrir los ojos...

Y ve en el centro de la habitación... ¡á su hermoso gato que juega con un pobre ratón agonizante... Se lo quita, y, tirándolo contra el suelo, dice:

—¡Que se vuelva un león ó un fantasma y hago lo mismo...!

JOSE A. LUENGO





MOVIMIENTO DE LA CORTEZA TERRESTRE

I.

Como no disponemos más que de los sentidos para las observaciones, y, aunque no resulte grato confesarlo, son bastante limitados, hemos dado en creer muy aventuradamente que el planeta en donde vivimos, cansado ya de los difíciles trabajos y violentos esfuerzos que hubo de realizar desde la creación, ha conseguido un reposo bastante para tranquilizarnos por nuestra suerte de habitantes de la Tierra.

Aun á trueque de causar cierta inquietud á los pusilánimes, tenemos que reconocer lo equivocado de tal creencia. La Tierra, suponiendo que en su centro tenga una masa ó núcleo á elevadísima temperatura, según la teoría corriente, está sometida á una contracción ó empequeñecimiento constante como resultado de la pérdida de calor que, al pensar con toda lógica, ha de sufrir y sufre en el curso del tiempo.

La masa central disminuye de volumen á medida que el calor amengua, y la parte sólida, llamada también corteza terrestre, tiende á buscar el equilibrio llenando el hueco que se produce. Tal inestabilidad, que provoca toda clase de fuerzas (tracción, compresión, flexión y hasta torsión), es un agente de perpetua mudanza que cambia la configuración del suelo, hasta el punto de crear las montañas por virtud del empuje de movimientos horizontales, á los que llaman los geólogos “presiones tangenciales”, y las depresiones que sirven de asiento á los mares.

Todos esos impulsos resultantes de un aplanamiento interno de la corteza, igual que si la superficie del globo sufriera dislocaciones y cayese en un abismo, reciben diversos nombres con los cuales se distingue la mayor ó menor percepción del fenómeno.

Cuando los movimientos del suelo son grandes ó fácilmente apreciables se llaman “macroseísmos” y vulgarmente terremotos ó temblores de tierra. Si para nosotros pasan inadvertidos y sólo se pueden observar con el auxilio de instrumentos, denominanse “microseísmos”

y se dicen "bradiseísmos" las oscilaciones lentas que sólo en el transcurso de siglos llegan á distinguirse.

Un detalle que contribuye al convencimiento de la importancia de lo dicho es el de la pequeñez de la parte sólida de la Tierra en relación con su total volumen. La corteza terrestre es una delgadísima película que recubre el que hemos llamado núcleo, y esto avalora la trascendencia que para las variaciones del relieve tienen cuantas puedan ocurrir en el centro.

Los datos ciertos son muy escasos. El radio terrestre ó distancia desde un punto cualquiera de la superficie al punto central de la esfera es de 6.000 kilómetros aproximadamente, y en contraposición á esto no puede adivinarse el espesor de la capa externa, puesto que los trabajos realizados no permiten establecer hipótesis. Varios intentos se han hecho para descubrir este interesantísimo punto, y á pesar de todos, la penetración material del hombre no ha traspasado límites muy modestos, llegando á 320 metros en las cavernas naturales (Istria), 1.585 metros en las galerías de las minas de cobre del Lago Superior (Estados Unidos) y 1.273, 1.748 y 2.003 metros en los sondajes practicados en Sperenberg, Schladebach y Paruschowitz (Alemania), respectivamente.

Las anteriores cifras, que no han aclarado dudas acerca de lo que tratamos, han servido, en cambio, para reforzar la idea de la existencia de altas temperaturas en el centro de la masa. Créase que el termómetro marcaba un grado más por cada 31 metros de descenso vertical en el subsuelo y casi ha resultado la comprobación con exactitud en los referidos sondajes. En las minas explotadas no sigue esta progresión el aumento de calor, y no se encuentra la diferencia de un grado sino en muy variables distancias, tales como 27,64 y 122 metros, según la naturaleza del terreno, salvo los casos en que esté próximo algún macizo volcánico, en que diez ó quince metros son suficientes.

Los geólogos han afirmado que el límite máximo de producción de la sacudida sísmica ó de la corteza terrestre se halla á 60 kilómetros y generalmente á una profundidad que varía entre seis y treinta kilómetros.

De los diversos modos de producirse el movimiento es quizá el más curioso el bradiseísmo. En unas regiones el mar avanza siempre aprovechando las líneas más débiles que presentan las costas, y en otras se aleja despacio y va dejando en sus territorios que antes estuvieron bañados por las aguas. Ejemplo de lo primero tenemos en Noruega, donde el mar penetra poco á poco ganando parte de las tierras, y de lo segundo, en el Mediterráneo (parte oriental de Italia, golfo de Venecia), en que cada vez se halla más lejano del primitivo litoral.

Los macroseísmos y los volcanes, fenómenos con ellos muy relacionados, son merecedores de que les dediquemos mayor espacio.

JUAN ANTON